Memoria del fuego 1. Los nacimientos. Eduardo Galeano. Ilustrado por Luis Felipe Noé

1605
Lima

La noche del Juicio Final

Recién pasada la Navidad, los cañonazos de la tierra han volado la ciudad de Arequipa. Reventó la cordillera y la tierra vomitó los cimientos de las casas. Quedó la gente descuartizada bajo los escombros y las cosechas quemadas bajo las cenizas. Se alzó la mar, mientras tanto, y ahogó el puerto de Arica.

Ayer, cuando atardecía, un fraile descalzo convocó a la multitud en la plaza de Lima. Anunció que esta ciudad libertina se hundiría en las próximas horas y con ella sus alrededores hasta donde se perdía la vista.

–¡Nadie podrá huir! –gritaba, aullaba–. ¡Ni el más veloz de los caballos ni la más rauda nave podrán escapar!

Cuando el sol se puso, ya estaban las calles llenas de penitentes que se azotaban a la luz de los hachones. Los pecadores gritaban sus culpas en las esquinas y desde los balcones los ricos arrojaban a la calle las vajillas de plata y las ropas de fiesta. Espeluznantes secretos se revelaban a viva voz. Las esposas infieles arrancaban adoquines de la calle para golpearse el pecho. Los ladrones y los seductores se arrodillaban ante sus víctimas, los amos besaban los pies de sus esclavos y los mendigos no tenían manos para tanta limosna. La Iglesia recibió anoche más dinero que en todas las cuaresmas de toda su historia. Quien no buscaba cura para confesarse, buscaba cura para casarse. Estaban abarrotados los templos de gente que quiso yacer a su amparo.

Y después, amaneció.

El sol brilla como nunca en Lima. Los penitentes buscan ungüentos para sus espaldas desolladas y los amos persiguen a sus esclavos. Las recién casadas preguntan por sus flamantes maridos, que la luz del día evaporó; los arrepentidos andan por las calles en busca de pecados nuevos. Se escuchan llantos y maldiciones detrás de cada puerta. No hay un mendigo que no se haya perdido de vista. También los curas se han escondido, para contar las montañas de monedas que Dios aceptó anoche. Con el dinero que sobra, las iglesias de Lima comprarán en España auténticas plumas del arcángel Gabriel.

1607
Sevilla

La fresa

El capitán Alonso González de Nájera, que ha vivido seis años en Chile, recuerda y cuenta.
Habla de los que nacen entre trompetas y tambores, la noble hueste que viste cota de malla desde la cuna y hace muralla de sus cuerpos ante el embate de los indios. Asegura que la lluvia arranca granos de oro a la tierra chilena y que los indios pagan el tributo con el oro que sacan de las barrigas de las lagartijas.
También cuenta de una fruta rara, de color y hechura de corazón, que al roce de los dientes estalla en dulces jugos. Bien podría competir, por vistosa, sabrosa y olorosa, con las más regaladas frutas de España, aunque allá en Chile la agravian llamándola frutilla.

1608
Puerto Príncipe

Silvestre de Balboa

En la casa de barro y palma de Silvestre de Balboa, escribano del Cabildo de Puerto Príncipe, nace el primer poema épico de la historia de Cuba. Dedica el autor sus octavas reales al obispo Altamirano, que hace cuatro años fue secuestrado por el pirata francés Gilbert Giron en el puerto de Manzanillo. Al navío del pirata ascendieron, desde el reino de Neptuno, focas y nereidas condolidas del obispo, que no quiso en su defensa aceptar nada.
Consiguieron los vecinos de Manzanillo reunir doscientos ducados, mil cueros y otras vituallas y por fin el corsario luterano soltó su presa. Desde los bosques llegaron a la playa, para dar la bienvenida al obispo rescatado, sátiros, faunos y semicapros que le trajeron guanábanas y otras delicias. Vinieron de los prados las napeas, cargadas de mameyes, piñas, tunas, aguacates, tabaco; y vistiendo enaguas las dríades bajaron de los árboles, plenos los brazos de silvestres pitajayas y frutos del árbol birijí y de la alta jagua. También recibió el obispo Altamirano guabinas, dajaos y otros peces de río de manos de las náyades; y las ninfas de las fuentes y los estanques le regalaron unas sabrosas tortugas jicoteas de Masabo. Cuando se disponían los

piratas a cobrar el rescate, cayeron sobre ellos unos pocos mancebos, flor y nata de Manzanillo, que valientemente les dieron su merecido. Fue un negro esclavo, llamado Salvador, quien atravesó con su lanza el pecho del pirata Gilbert Giron:

¡Oh Salvador criollo, negro honrado!
Vuele tu fama y nunca se consuma;
que en alabanza de tan buen soldado
es bien que no se cansen lengua y pluma.

Henchido de admiración y espanto, Silvestre de Balboa invoca a Troya y compara con Aquiles y Ulises a los vecinos de Manzanillo, después de haberlos mezclado con ninfas, faunos y centauros. Pero entre las portentosas deidades se han abierto paso, humildemente, las gentes de este pueblo, un negro esclavo que se portó como un héroe y muchas frutas, hierbas y animales de esta isla que el autor llama y ama por sus nombres.

1608
Sevilla

Mateo Alemán

Mateo Alemán sube al navío que parte hacia México. Para poder viajar a las Indias, ha sobornado al secretario del rey y ha demostrado pureza de sangre. Judío de padre y madre y con algún pariente quemado por la Inquisición, Mateo Alemán se ha inventado un cristianísimo linaje y un imponente escudo de armas, y de paso ha convertido a su amante, Francisca de Calderón, en su hija mayor.

El novelista supo aprender las artes de su personaje, Guzmán de Alfarache, diestro en el oficio de la florida picardía, quien muda de traje, de nombre y de ciudad para borrar estigmas y escapar de la pobreza. Bailar tengo al son que todos, dure lo que durare, explica Guzmán de Alfarache en la novela que España está leyendo.

1608
Córdoba

El Inca Garcilaso

A los setenta años, se inclina sobre la mesa, moja la pluma en el tintero de cuerno y escribe disculpando.

Es hombre de prosa minuciosa y galana. Elogia al invasor en la lengua del invasor, que ha hecho suya. Con una mano saluda la conquista, por ser obra de la Divina Providencia: los conquistadores, brazos de Dios, han evangelizado el Nuevo Mundo y la tragedia ha pagado el precio de la salvación. Con la otra mano dice adiós al reino de los incas, antes destruido que conocido, y lo evoca con nostalgias de paraíso. Una mano pertenece a su padre, capitán de Pizarro. La otra es de su madre, prima de Atahualpa, que ese capitán humilló y arrojó a los brazos de un soldado.

Como América, el Inca Garcilaso de la Vega ha nacido de una violación. Como América, vive desgarrado.

Aunque hace medio siglo que está en Europa, todavía escucha, como si fueran de recién, las voces de la infancia en el Cuzco, cosas recibidas en las mantillas y la leche: en esa ciudad arrasada vino al mundo ocho años después de la entrada de los españoles, y en esa ciudad bebió, de labios de su madre, las historias que vienen del lejano día en que el sol dejó caer, sobre el lago Titicaca, al príncipe y a la princesa nacidos de sus amores con la luna.



Santiago de Chile

Las reglas de la mesa

Se lo dijeron esta mañana, cuando le trajeron el humoso, aromoso chocolate. De un brinco, el gobernador se despegó de las sábanas de Holanda: el rey de España ha decidido legalizar la esclavitud de los indios capturados en guerra. Casi un año demoró la noticia en atravesar el océano y la cordillera. Hace ya tiempo que en Chile se venden araucanos ante escribano público, y al que pretende escapar le cortan los tendones; pero el visto bueno del rey cerrará la boca de algunos protestones.

–Bendiga Dios este pan...

El gobernador ofrece una cena a los domadores de estas tierras ariscas. Los invitados beben vino del país en cuerno de buey y comen panes de maíz envueltos en hojas de maíz, la sabrosa humita, plato de indios. Como había recomendado Alfonso el Sabio, toman con tres dedos los bocados de carne con ají; y como quería Erasmo de Rotterdam no roen los huesos, ni arrojan bajo la mesa las cáscaras de la fruta. Después de tomar el agüita caliente de quelén–quelén, se limpian con un escarbadientes sin dejarlo luego entre los labios ni en la oreja.

1611
Yarutini

El extirpador de idolatrías

A golpes de pico están rompiendo a Cápac Huanca.
El sacerdote Francisco de Avila grita a sus indios que se apuren. Todavía quedan muchos ídolos por descubrir y triturar en estas tierras del Perú, donde él no conoce persona que no incurra en el pecado de idolatría. Jamás descansa la cólera divina. Avila, azote de los hechiceros, vive sin sentarse.
Pero a sus siervos, que saben, cada golpe les duele. Esta gran roca es un hombre elegido y salvado por el dios Pariacaca. Cápac Huanca fue el único que compartió con él su chicha de maíz y sus hojas de coca, cuando Pariacaca se disfrazó con andrajos y vino a Yarutini y aquí suplicó que le dieran de beber y mascar. Esta gran roca es un hombre generoso. Pariacaca lo enfrió y lo convirtió en piedra, para que no lo volara el huracán de castigo que se llevó de un soplo a todos los demás.
Avila hace arrojar sus pedazos al abismo. En su lugar, clava una cruz.
Después pregunta a los indios la historia de Cápac Huanca; y la escribe.

1612
San Pedro de Omapacha

El golpeado golpea

El símbolo de la autoridad, trenza de cuero, punta de cuerda, silba en el aire y muerde. Arranca en tiras el pellejo y raja la carne.
Desnudo, atado a la piedra del suplicio, aguanta el castigo Cristóbal de León Mullohuamani, cacique de la comunidad de Omapacha. Los gemidos se suceden al ritmo del látigo.
De la celda al cepo, del cepo al azote, vive el cacique en agonía. El ha osado protestar ante el virrey de Lima y no ha entregado los indios que debía: por su culpa han faltado brazos para llevar vino desde los llanos al Cuzco y para hilar y tejer ropa como el corregidor mandó.
El verdugo, un esclavo negro, descarga el látigo con ganas. Esa espalda no es mejor ni peor que otra cualquiera.

1613
Londres

Shakespeare

La Compañía de Virginia se está llevando el gran chasco en las costas del norte de América, sin oro ni plata, pero por toda Inglaterra circulan sus panfletos de propaganda anunciando que allá los ingleses cambian a los indios perlas del Cielo por perlas de la tierra.

No hace mucho que John Donne exploraba el cuerpo de su amante, en un poema, como quien descubre América; y Virginia, el oro de Virginia, es el tema central de las fiestas de la boda de la princesa Isabel. En honor de la hija del rey, se representa una mascarada de George Chapman que gira en torno de una gran roca de oro, símbolo de Virginia o de las ilusiones de sus accionistas: el oro, clave de todos los poderes, secreto de la vida perseguido por los alquimistas, hijo del sol como la plata es hija de la luna y el cobre nace de Venus. Hay oro en las zonas calientes del mundo, donde el sol siembra, generoso, sus rayos.

En las celebraciones del casamiento de la princesa, también se pone en escena una obra de William Shakespeare, *La tempestad*, inspirada en el naufragio de un barco de la Compañía de Virginia en las Bermudas. El gran creador de almas y maravillas ubica esta vez su drama en una isla del Mediterráneo que más parece del mar Caribe. Allí el duque Próspero encuentra a Calibán, hijo de la bruja Sycorax, adoradora del dios de los indios de la Patagonia. Calibán es un salvaje, un indio de esos que Shakespeare ha visto en alguna exhibición de Londres: cosa de la oscuridad, más bestia que hombre, no aprende más que a maldecir y no tiene capacidad de juicio ni sentido de la responsabilidad. Sólo de esclavo, o atado como un mono, podría encontrar un lugar en la sociedad humana, o sea, la sociedad europea, a la que no le interesa para nada incorporarse.



1614
Lima

Actas del cabildo de Lima: nace la censura teatral

En este cabildo se trató y dixo que por no haberse examinado las comedias que se han representado en esta ciudad, ha resultado haberse dicho muchas cosas en perjuicio de partes y contra la autoridad y honestidad que se debe a esta república. Y para que cesen los dichos inconvenientes para en adelante conviene proveerse de remedio. Y habiéndose tratado y conferido sobre ello, se acordó y mandó que se notifique a los autores de comedias que al presente son y en adelante fueren, que en ninguna manera representen comedia ninguna ni la hagan representar sin que primero se haya visto y examinado e aprobado por la persona queste cabildo para ello nombrase, so pena de doscientos pesos de a nueve reales...

1614
Lima

Se prohíben las danzas de los indios del Perú

Alas de cóndor, cabeza de guacamayo, pieles de jaguar: danzan los indios peruanos su antiguo Raymi en pleno Corpus Christi. En lengua quechua celebran sus invocaciones al sol, a la hora de la siembra, o rinden al sol homenaje cuando ocurre un nacimiento o llega el tiempo de la cosecha. Para que con la ayuda de Nuestro Señor se supriman las ocasiones de caer en la idolatría, y el demonio no pueda continuar ejerciendo sus engaños, decide el arzobispo de Lima que no deberá consentirse que ni en dialecto local ni en lengua general se celebren danzas, cantos ni taquies. Anuncia el arzobispo terribles castigos y manda quemar todos los instrumentos indígenas, incluyendo la dulce quena, mensajera de amores:
A la orilla dormirás,
a medianoche vendré...

1615
Lima

Guamán Poma

A los setenta años, se inclina sobre la mesa, moja la pluma en el tintero de cuerno y escribe y dibuja desafiando.

Es hombre de prosa atropellada y rota. Maldice al invasor en la lengua del invasor, que no es la suya, y la hace estallar. La lengua de Castilla dos por tres tropieza con palabras quechuas y aymaras, pero al fin y al cabo Castilla es Castilla por los indios, y sin los indios Vuestra Magestad no vale cosa.

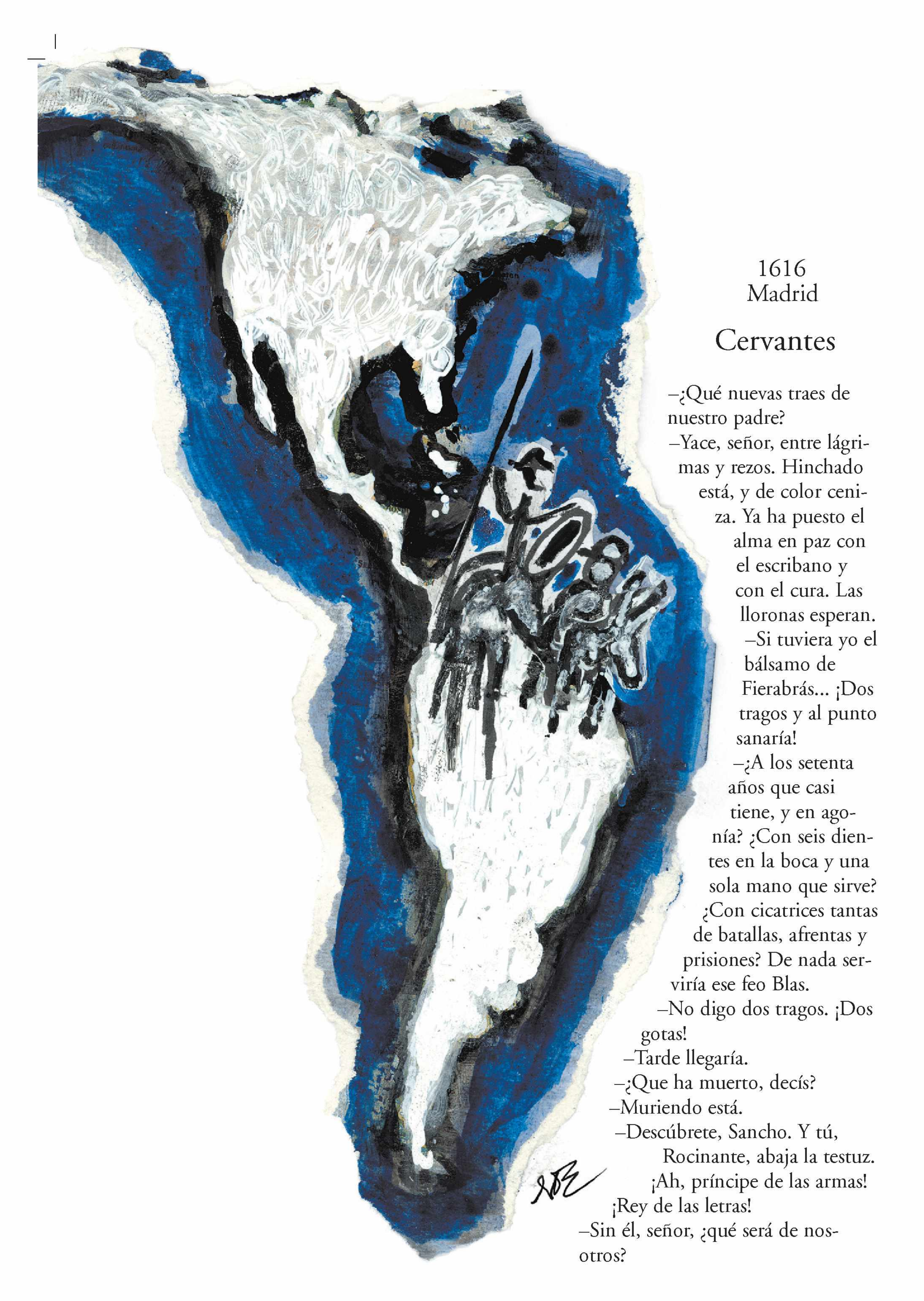
Hoy Guamán Poma de Ayala termina su carta al rey de España. Al principio estaba dirigida a Felipe II, que se murió mientras Guamán la hacía. Ahora quiere entregarla en mano propia a Felipe III. El peregrino ha deambulado de aldea en aldea, caminando el autor por la siera con mucha neve, comiendo si podía y llevando siempre a cuestas su creciente manuscrito de dibujos y palabras. Del mundo buelbe el autor... Andubo en el mundo llorando en todo el camino y por fin ha llegado a Lima. Desde aquí se propone viajar a España. Cómo hará, no sabe. ¿Qué importa? Nadie conoce a Guamán, nadie lo escucha, y el monarca está muy lejos y muy alto; pero Guamán, pluma en mano, lo trata de igual a igual, lo tutea y le explica qué debe hacer.

Desterrado de su provincia, desnudo, ninguneado, Guamán no vacila en proclamarse heredero de las reales dinastías de los yarovilcas y los incas y se autodesigna Consejero del Rey, Primer Indio Cronista, Príncipe del Reino y Segundo de Mando. Ha escrito esta larga carta desde el orgullo: su linaje proviene de los antiguos señores de Huánuco y en el nombre que se puso ha recogido al halcón y al puma del escudo de armas de sus antepasados, que mandaban las tierras del norte del Perú desde antes de los incas y los españoles.

Escribir esta carta es llorar. Palabras, imágenes, lágrimas de la rabia. Los yndios son propietarios naturales deste rreyno y los españoles naturales de españa aca en este rreyno son estrangeros. Santiago Apóstol, de uniforme militar, pisotea a un nativo caído. En los banquetes, los platos están llenos de minúsculas mujeres. El arriero lleva una canasta repleta de hijos mestizos del cura. También es castigo de dios murir muchos yndios minas de azogue y de plata. En todo el Perú, adonde habia cien no hay diez. "¿Comes este oro?", pregunta el Inca, y el conquistador responde: "Este oro comemos."

Hoy Guamán termina su carta. Ha vivido para ella. Medio siglo le ha llevado escribirla y dibujarla. Son casi mil doscientas páginas. Hoy Guamán termina su carta y muere.

Ni Felipe III ni rey alguno la conocerá jamás. Durante tres siglos andará perdida por el mundo.



1616
Madrid

Cervantes

–¿Qué nuevas traes de nuestro padre?
–Yace, señor, entre lágrimas y rezos. Hinchado está, y de color ceniza. Ya ha puesto el alma en paz con el escribano y con el cura. Las lloronas esperan.
–Si tuviera yo el bálsamo de Fierabrás... ¡Dos tragos y al punto sanaría!
–¿A los setenta años que casi tiene, y en agonía? ¿Con seis dientes en la boca y una sola mano que sirve? ¿Con cicatrices tantas de batallas, afrentas y prisiones? De nada serviría ese feo Blas.
–No digo dos tragos. ¡Dos gotas!
–Tarde llegaría.
–¿Que ha muerto, decís?
–Muriendo está.
–Descúbrete, Sancho. Y tú, Rocinante, abaja la testuz. ¡Ah, príncipe de las armas! ¡Rey de las letras!
–Sin él, señor, ¿qué será de nosotros?

–Nada hemos de hacer que no sea en su alabanza.
–¿Adónde iremos a parar, tan solos?
–Iremos a donde él quiso y no pudo.
–¿Adónde, señor?
–A enderezar lo que tuerto está en las costas de Cartagena, la hondonada de La Paz y los bosques de Soconusco.
–A que nos muelan por allá los huesos.
–Has de saber, Sancho, hermano mío de caminos y carreras, que en las Indias la gloria aguarda a los caballeros andantes, sedientos de justicia y fama...
–Como han sido pocos los garrotazos...
–... y reciben los escuderos, en recompensa, inmensos reinos jamás explorados.
–¿No los habrá más cerca?
–Y tú, Rocinante, entérate: en las Indias, los caballos calzan plata y oro muerden. ¡Son tenidos por dioses!
–Tras mil palizas, mil y una.
–Calla, Sancho.
–¿No nos dijo nuestro padre que América es refugio de malandrines y santuario de putas?
–¡Calla, te digo!
–Quien a las Indias se embarca, nos dijo, en los muelles deja la conciencia.
–¡Pues allá iremos, a lavar la honra de quien libres nos parió en la cárcel!
–¿Y si aquí lo lloramos?
–¿Homenaje llamas a semejante traición? ¡Ah, bellaco! ¡Volveremos al camino! Si para quedarse en el mundo nos hizo, por el mundo lo llevaremos. ¡Alcánzame la celada! ¡La adarga al brazo, Sancho! ¡La lanza!

1616
Potosí

Retratos de una procesión

Cerro mago de Potosí: en estos altos páramos enemigos, que sólo ofrecían soledad y frío, ha hecho brotar la ciudad más poblada del mundo. Altas cruces de plata encabezan la procesión, que avanza entre dos hileras de estandartes y espadas. Sobre las calles de plata, herraduras de plata; resuenan los caballos lujosos de terciopelos y perladas bridas. Para confirmación de los que mandan y consuelo de los que sirven, la plata desfila, fulgurante, pisafuerte, sabedora de que no hay espacio de la tierra o el cielo que no pueda comprar.
Se ha vestido de fiesta la ciudad; los balcones lucen colgaduras y blasones; desde un mar de crujientes sedas, espuma de encajes y cataratas de perlas, las señoras miran y admiran la cabalgata que avanza con estrépito de trompetas, chirimías y roncos atabales. Unos cuantos caballeros llevan parche negro al ojo y bultos y llagas en la frente, que no son marcas de la guerra, sino de la sífilis; pero volando van y vienen, de los balcones a la calle, de la calle a los balcones, los besos y los piropos.
Se abren paso, enmascarados, el Interés y la Codicia. Canta la Codicia, máscara de culebras, mientras el caballo hace cabriolas:

Raíz de todos los males
me llaman, y es mi trofeo
no satisfacer deseo.

Y contesta el Interés, calzas negras, jubón negro bordado de oro, máscara negra bajo la negra gorra de mucha plumería:

Si yo he vencido al amor
y el amor vence a la muerte
yo soy más que todos fuerte.

Encabeza el obispo un lento y largo ejército de curas y encapuchados nazarenos armados de altos cirios y candelabros de plata, hasta que la trompetería de los heraldos se impone sobre el tintineo de las campanillas anunciando a la Virgen de Guadalupe, Luz de los que esperan, Espejo de justicia, Refugio de los pecadores, Consuelo de los afligidos,

Palma verde, Vara florecida, Piedra refulgente. Ella llega en oleajes de oro y nácar, en brazos de cincuenta indios; ahogada por la mucha joyería, asiste con ojos de asombro al bullicio de los querubines de alas de plata y al espectacularoso despliegue de sus adoradores. En blanco corcel irrumpe el Caballero de la Ardiente Espada, seguido por un batallón de pajes y lacayos de blancas libreas. El Caballero arroja lejos su sombrero y canta a la Virgen:

En mi dama, aunque morena,
tal hermosura se encierra
que suspende a cielo y tierra.

Lacayos y pajes de librea morada corren tras el Caballero del Amor Divino, que viene trotando, jinete romano, al viento los faldones de morada seda: ante la Virgen cae de rodillas y humilla la frente coronada de laurel, pero cuando hincha el pecho para cantar sus coplas, estalla una fusilería de humo de azufre. Ha invadido la calle el carro de los Demonios, y nadie presta la menor atención al Caballero del Amor Divino.

El príncipe Tartáreo, adorador de Mahoma, abre sus alas de murciélago, y la princesa Proserpina, melena y cola de serpientes, lanza desde lo alto blasfemias y carcajadas que la corte de los diablos celebra. En alguna parte resuena de pronto el nombre de Jesucristo y el carro del Infierno revienta en una explosión descomunal. El príncipe Tartáreo y la princesa Proserpina atraviesan de un salto el humo y las llamas y ruedan, prisioneros, a los pies de la Madre de Dios.

Se cubre la calle de angelitos, halos y alas de plata centelleante, y alegran el aire sones de violones y guitarras, cítaras y chirimías. Los músicos, vestidos de doncellas, festejan la llegada de la Misericordia, la Justicia, la Paz y la Verdad, cuatro airosas hijas de Potosí erguidas sobre sillones de plata y terciopelo. Tienen cabeza y pecho de indio los caballos que tiran del carruaje.

Y llega entonces, arrollando, la Serpiente. Sobre mil piernas de indios se desliza el inmenso reptil, abiertas las fauces llameantes, metiendo miedo y fuego en la romería, y a los pies de la Virgen desafía y combate. Cuando los soldados le cortan la cabeza a golpes de hacha y espada, de las entrañas de la Sierpe emerge, con su orgullo hecho pedacitos, el Inca. Arrastrando sus asombrosas vestiduras, el hijo del Sol cae de rodillas ante la Divina Luz. Luce la Virgen manto de oro, rubíes y perlas

grandes como garbanzos, y más que nunca brilla, por encima de sus ojos atónitos, la cruz de oro de la corona imperial.

Después, la multitud. Artesanos de todos los oficios y pícaros y mendigos capaces de arrancar lágrimas a un ojo de vidrio: los mestizos, hijos de la violencia, ni siervos ni señores, marchan a pie. Prohíbe la ley que tengan caballos ni armas, como prohíbe a los mulatos el uso de parasoles, para que nadie disimule el estigma que mancha la sangre hasta la sexta generación. Con los mestizos y los mulatos vienen los cuarterones y los zambos y todos los mezclados, los mil colores de los hijos del cazador y su presa.

Detrás, cierra la procesión una multitud de indios cargados de frutas y flores y fuentes de comida humeante. Ante la Virgen imploran los indios perdón y consuelo.

Más allá, algunos negros barren la basura dejada por todos los demás.